



LA VUELTA A LA ESCUELA.

El sol inunda las praderas con sus brillantes resplandores; las aves gorjean en la espesura y las abejas revolotean de flor en flor, libando su perfumada sustancia.

Peters no ha podido resistir á tan repetidos encantos: separándose del camino de la escuela, con su hermanito Williams, se ha metido en los senderos inmediatos á los trigales, y atravesando el riachuelo, se entretiene en buscar nidos entre las ramas, mientras Williams solo se ocupa en coger flores.

Sus esfuerzos obtienen por fin la merecida recompensa, porque acaba de sorprender el asilo de un gorrion que ha huido chillando. Dueño de su presa, empieza por la destruccion, como todos los conquistadores, y destroza el musgo y esparce la lana de que se compone el albergue de la futura familia. Los huevos verdosos se encuentran ya

ensartados en una larga paja, y nuestro vagamundo se aleja rápidamente, como un soldado cuando vuelve del merodeo.

En medio de sus placeres furtivos, se ve acosado por el temor y por el remordimiento. La campana de la iglesia ha sonado ya, recordándole que debe volver á la escuela. Piensa en el enojo de la maestra, en el descontento de sus padres y en la doble responsabilidad que ha contraído por su falta y por la de Williams. Su primera audacia desaparece, y en su rostro se revela la inquietud: apresura el paso, vuelve á atravesar el camino y llega á la escuela.

Su corazon palpita con mas fuerza, se adelanta rozando la pared y con la mano en el sombrero, semejante al culpable que quiere disminuir su falta por medio de la humildad.

Los dos hermanos se deslizan hasta la puerta: el gato está acurr-

4 DE ABRIL DE 1852.

cado en el dintel: la maestra, al paso que toma las lecciones, se rinde al calor del día, y... acaba de quedarse dormida.

Peters atraviesa paso á paso la escuela, se sienta en los últimos bancos, coloca su sombrero y los huevecillos de gorrión, abre el libro y hace como que estudia.

Inútil subterfugio! Se despertará la maestra y será preciso sufrir algún castigo.

Acéptalo, Peters, por tu hermano y por tí, porque ese es el principio de la vida. Debes alegrarte si aprendes desde tus primeros años que una falta no puede permanecer oculta mucho tiempo, y que la astucia se humilla ante la espiación.

Mas tarde buscarás con ansia los placeres y tal vez sacudirás el yugo social. Pero la experiencia te hará prudente, y conocerás que en todas partes y en todas las épocas de la vida, el hombre encuentra una maestra de escuela, á cuyo castigo no puede sustraerse, y que esa maestra se llama Ley, Opinión Pública ó Conciencia.

ISLAS DE FERNANDO PÓO Y ANNOBON.

(Conclusion.)

ARTICULO CUARTO.

Enterado el gobierno del resultado de su expedición, trató de entrar en nuevas negociaciones con los isleños de Annobon, que no tuvieron otro recurso que darse á partido. Ahora querrán los lectores que han tenido la paciencia de seguirnos en nuestra larga narración, que les digamos cuál es la posición de estas islas, cuál su extensión, su clima y sus productos, y qué ventajas pensaban sacar los españoles de su ocupación y dominio. Satisfaremos esta curiosidad con la mayor brevedad posible.

La isla de Fernando Póo es la mas grande del golfo de Guinea, y la mas bien situada para hacer el comercio del Calabar, del rio del Rey, del rio de Camarones, del rio de Campo y del rio de San Bento: el número de habitantes asciende á tres ó cuatro mil, sin contar multitud de esclavos fugitivos del Príncipe y San Tomé, que se habían establecido en la parte meridional: unos y otros vivían en los montes, y mudaban de domicilio cuando lo juzgaban conveniente.

Los portugueses no tenían mas derecho á esta isla que el de descubridores, porque nunca se habían establecido en ella ni hecho comercio con sus habitantes. En la banda del E. de la isla, hay una excelente ensenada, donde fondeaban los ingleses, franceses y holandeses cuando iban allí á comprar *yame* para los esclavos, en cambio de hierro, cascabeles y otras buerías; pero los naturales no gustaban de ver á los extranjeros en la playa y mucho menos penetrar tierra adentro. Los habitantes tienen un dialecto particular que no le entienden los de las otras islas del Príncipe y San Tomé.

Segun las noticias que dieron á los españoles los vecinos de esta última isla, los negros de Annobon eran sagaces y laboriosos, el clima saludable, y la tierra producía los mismos frutos que en las islas contiguas; criaba de toda especie de ganado, escepto vacuno, y tenía cerca de tres mil personas en dos poblaciones, situada la una á la banda del E. y la otra á la del N. E. Los portugueses no tenían en ella ni establecimiento, ni fuerte, ni obra alguna que manifestase el dominio portugués, y la dependencia ó vasallaje de los habitantes, que se consideraban libres, y como tales, habían insultado años antes á una corbeta de Portugal en que se hallaba Andrés Gonzalvez, vecino de San Tomé, que estuvo en grave riesgo de que le quitasen la vida por haber hablado con un poco de arrogancia. Annobon tiene un surgidero en la banda del N. E., pero hay en él mucho fondo, poco abrigo y mar bravío.

El comercio que los portugueses ofrecían á los españoles con la adquisición de la isla de Fernando Póo, era el de los puertos de la costa inmediata, como cabo Hermoso, rio de Camarones, rio de Santo Domingo y rio Gabon. Pero esta cesion era de pequeñísima importancia, siendo casi nulo el comercio que hacían ellos, y que los nuevos dueños podían hacer con estos puntos. En cabo Hermoso no había establecimiento de europeos ni de gente de la costa, ni iba allí embarcación alguna, ni se había hecho trato de negros. El comercio de rio Camarones era tan despreciable, que apenas iban allí los ingleses (á pesar de ser suyo el nuevo y antiguo Calabar), porque se necesitaban cuatro ó cinco meses para comprar treinta esclavos: fuera de esto, la barra era peligrosa, y no se podía pasar sino en embarcaciones pequeñas, espuestas á mil accidentes de parte de los negros. El rio de Santo Domingo no existía en la costa, á no ser que tuviese otro nombre, lo cual se dudaba, porque ni en las cartas ni en los derroteros se hacía mención de él. El comercio de Gabon era libre, y lo hacían franceses, holandeses y otras naciones. El de Lope Gonzalo estaba algun tiempo hacia en poder de un inglés llamado Mr. Gone, que se había establecido en la isla de Bristol; era hijo del factor de Jude, y manejaba los intereses de

su padre, que le enviaba remesas de los géneros de mas despacho. En sustancia, los únicos portugueses que iban á la parte de costa comprendida entre cabo Hermoso y Lope Gonzalvo, eran los habitantes del Príncipe y San Tomé. Cada una de estas islas, con dos goletas de veinte toneladas, hacían una sombra de comercio, y eso huyendo siempre de los ingleses que les sacaban los negros de á bordo, dándoles en cambio mercancías de que no podían tener salida. La bandera portuguesa era despreciada y aborrecida en la costa; ¡y los portugueses se ofrecían á conducir y dar á conocer á los españoles en ella, dándose ciertos humos de autoridad!

La isla de Fernando Póo, teniendo una ensenada en que podían parar con alguna seguridad los buques, estando cerca del Calabar y demás puntos de la costa nombrados, de suerte que era fácil aprovechar todos los momentos para la compra de esclavos, cera y palos de tinte; y en fin, siendo isla grande, que podía producir mas frutos de los que se necesitaban para la subsistencia de los habitantes, en cuyo caso sería muy posible que los tratantes de Juda fuesen á proveerse á ella, era mucho mas á propósito para el comercio que la de Annobon. Pero el comercio que podía hacerse en aquellas costas, opinaba D. José Varela no ser bastante á sufragar los gastos de los dos establecimientos, á menos que por la extracción de esclavos se cargasen unos derechos exorbitantes, en cuyo caso pocos se arriesgarían á ir allí. Suponiendo pues que los derechos fuesen de ocho pesos fuertes, como entre los holandeses, portugueses, etc., se necesitaba la extracción anual de quinientos sesenta y dos negros, para que el rey reembolsase el sobresueldo que se había señalado al brigadier conde de Argelejo y á su segundo D. Joaquín Primo de Rivera, y los sueldos que se estaban pagando al factor D. Miguel de Luca, y á D. Luis Enriquez, encargado del manejo y distribución de caudales. Incluyendo en este cálculo los salarios de albañiles, carpinteros y demás oficiales y empleados, tenía que ser mucho mayor este número; y como eso por lo pronto no podía verificarse, tenía que salir perjudicado el erario.

Si las miras del comercio se limitaban á los derechos cedidos por los portugueses, no se podía contar con ciento cincuenta esclavos cada año. El mejor arbitrio para salir de este empeño, era emprender un establecimiento en el rio Gabon, y otro en la ensenada de Lope Gonzalvo, por cuyo medio podían los españoles apoderarse de todo el comercio que se hacía allí, é irse extendiendo al S. y al N., de suerte de hacer un tráfico esclusivo. Esto aconsejaba D. José Varela, manifestando que la isla de Loros, situada en la embocadura del Gabon, estaba desierta y en muy buena disposición para establecerse en ella, y en Lope Gonzalvo había distintos parajes á propósito para el intento, aunque ignoraba las dificultades que podían ocurrir en la práctica, por no haber examinado el terreno por sí mismo.

Ninguna embarcación extranjera procedente de la India llegaba á aquellos mares, sino alguna portuguesa que iba á San Pablo de Loanda, por evitar los gastos que ocasionaba la recalada al cabo de Buena Esperanza. Si en Annobon hubiese los recursos que en Loanda, también podían ahorrarse las embarcaciones españolas de recalar en el cabo. Las fragatas de Manila solo traían zarzas y pañuelos: si la corte determinaba que en lo sucesivo trajesen un surtido regular de los demás géneros que se necesitaban para el tráfico de negros, podía convenir que recalasen en Annobon. Pero sin tal motivo, ni esta isla ni Fernando Póo convenían para escala de los buques que regresaban de Filipinas, porque en todo el espacio comprendido entre cabo Negro y el cabo de las Palmas, reinaban constantemente los vientos del S. al S. O., con los cuales era muy difícil la navegación del archipiélago Filipino á las costas de España, y no era justo arrostrar estos peligros, para arribar á puntos donde no había los recursos para refrescar las tripulaciones, que llegaban al golfo de Guinea débiles y estenuadas con las fatigas de tan larga travesía.

La poca utilidad que suministraban estas islas y la insalubridad de su clima, que causó gran mortandad en los españoles, fueron causa de que la abandonaran en 1782. Pero sin embargo de este abandono, no variaron de dominio, y así lo reconocieron los ingleses, después de ventiladas estas cuestiones en derecho diplomático en 1827 y 28, pues el rey de España dirigió una cédula real al de Inglaterra, permitiendo que los vasallos de este monarca pudiesen establecer en ellas, expresando entre otras condiciones, que si llegaba el caso de abandonarlas, habían de quedar al dueño del terreno, el rey de España, los establecimientos, edificios y obras que se hubiesen hecho. El deseo, que los ingleses manifestaban en establecerse en estas islas, era por vigilar sobre sus tratados de la abolición del tráfico de negros; pero después también las quisieron abandonar.

D. Ricardo Dillon se dirigió últimamente en Londres al ministro de la corte de España D. Juan Vidal, solicitando su intervención para con su gobierno, á fin de autorizar por escrito al señor Juan Becroft, agente de la cámara de Lloyds en la isla de Fernando Póo, donde tenía á su mando ciento veinte voluntarios bien armados y disciplinados, para ayudar á proteger el comercio lícito y justo, y cuidar de dicha isla.

impidiendo que se haga guarida de piratas, traficantes sin principios, hasta que el gobierno de España tuviese por conveniente hacer allí un establecimiento.

Vial remitió esta exposición al señor ministro de Estado, añadiendo que Dillon había asegurado que el gobierno inglés tenía intención de abandonar aquella colonia, por no serle de utilidad alguna; pero que sería ventajosa á los españoles, por servir de escala á los buques que se dirigían á las Indias Orientales, porque abandonada la isla de Fernando Póo por los gobiernos europeos, sería una guarida para buques negreros y piratas, ó caería en poder de las repúblicas americanas, con daño grande del comercio español. Si estas razones fuesen fundadas, añadía el señor Vial, podía aprovecharse de ellas el gobierno de España, al entablar las negociaciones sobre la ampliación del tratado para abolir el tráfico de negros que deseaba el gobierno británico.

Pidióse informe á D. Martín Fernandez de Navarrete, el cual dijo que en la secretaría de Estado debían existir todos los antecedentes de este asunto, para poderle resolver con acierto en la parte diplomática; que por lo que concernía á la marina, estaba conforme con el señor Varela y con los otros oficiales y pilotos, en que no son á propósito dichas islas para escala de nuestras navegaciones al Asia y á la América Meridional, y que serían gravosas al erario estas colonias con solo este objeto.

E. F. DE NAVARRETE.

VERSOS DE FELIPE IV.

Hay en la historia literaria y política de España una constante tradición de que el rey Felipe IV rindió culto á las musas, y que escribió muchas comedias, encubriendo su nombre y dignidad bajo el modesto título de *un ingenio de esta corte*. Pero son tantas las que hay impresas de este modo, que todas no pudieron escribirse por aquel monarca. Así es que los críticos no han tenido pruebas para puntualizar cuáles son y cuáles no las que se deben á la pluma de Felipe IV. D. Antonio Gil y Zárate, en sus *Lecciones de literatura española*, manifestó que entre las atribuidas á este rey, era una de gran mérito intitulada *Dar la vida por su dama y el conde Essex*. Con efecto, ediciones hay de esta comedia en que se dice obra de *un ingenio de esta corte*. Pero hay otras en que se afirma ser escrita por D. Antonio Coello. Este Coello compuso con Calderón, con Roxas, con Velez de Guevara y otros autores notables del siglo XVII, muchas obras dramáticas.

No sé si la afición de Felipe IV á la poesía fué engendrada por sus maestros, ó nació en él naturalmente. Y digo esto porque el infante D. Carlos, su hermano, que se crió con él, también escribió versos. Una de las mejores de sus poesías empieza así:

O rompa ya el silencio el dolor mio,
O salga de mi pecho desatado,
Que sufrir los rigores de callado
No puedo yo ya mas aunque porfio.

Así empieza un soneto que trae Gracian en su *Agudeza y arte de ingenio*, y que Sedano puso en el *Parnaso español* como obra de Carlos II el Hechizado, escrita siendo príncipe. Con tanta ligereza hablaban de las antiguas obras nuestros eruditos.

Poco se conserva de los versos líricos de Felipe IV, y entre lo poco hay unas décimas que compuso para llorar la muerte de su muger Isabel de Borbon, terminando cada una en el título de una comedia. Esta curiosa poesía es como sigue:

Murió la Reina, oh pesar!
¿cómo no acabas mi vida,
si no al golpe de la herida,
de mi tormento al penar?
Sin duda me quieres dar
á entender, que aunque en el suelo
sin alma quedé y consuelo,
tengo vida en que vivir;
porque llegue á discurrir
Lo que son juicios del cielo.

Si gozas eterna vida
con aumentos de mas gloria,
no atormente á mi memoria
de tu ausencia la partida.
En calma esté suspendida
mi pena sin exhalar:
cobre para mitigarse
mi pasión alivio, pues
faltar á mis ojos es
Mudarse por mejorarse.

Que el deberte lo afianza
la fe que nunca depongo,
porque católico pongo
solo en Dios la confianza.
No pierda, no, la esperanza
mi amor, de que su desvelo
amante logre su anhelo;
porque vivo confiado,
que hemos de ser lado á lado
Los dos amantes del cielo.

Para despues de la muerte,
tengo amor qué dedicarte;
que no me obliga á olvidarte
lo que me obligó á perderte.
Leal siempre he de quererte,
sintiendo el golpe fatal
que fué la causa total
de tu ausencia; con que doy
bastante indicio que soy
El amante mas leal.

Abismo es mi corazon
entre el amar y el sentir,
sin que morir ó vivir
pueda de una ó de otra accion.
El sentir me da ocasion
para vencerme á mí mismo;
el amar, del parasismo
me vuelve, y consuelámé
ver en tanto abismo, qué
Tambien se ama en el abismo.

Sentir y amar se ha de ver
en mi incesable porfia;
porque firme la fe mia
á uno y otro ha de atender.
Al llanto me ha de esceder
mi amor las demostraciones;
porque saben mis pasiones
amando y sintiendo igual,
dividido en cada cual
Cumplir dos obligaciones.

Antorcha mi amor constante
siempre á su vista lució;
porque tu forma le dió
materia á su luz bastante.
Tanto que aunque estás distante
en mí brilla su fulgor,
sin eclipsar el rigor
del riesgo en que me quedé
á mí firme amor, porque
En riesgos luce el amor.

En mi pecho has de reinar
continuamente asistiendo,
y cuanto fueres pidiendo
al punto he de ejecutar.
Que aunque en distinto lugar,
mi bien, te veo asistir,
mandar puedes y pedir
á tu anhelar y querer,
que en tí solo se ha de ver
Reinar despues de morir.

Mas témplese ya el disgusto
que á todas horas me aqueja,
que no halla alivio la queja
adonde no encuentra el gusto.
Con la voluntad me ajusto
de Dios, sin formar querellas:
gocen dél tus luces bellas
y cesen mis ojos ya,
que si porfio, será
Oponerme á las estrellas.

Pero imposible es, Dios mio,
que la parte de mortal
deje de sentir el mal
que me causó su desvio.
Si no es que tú, en quien confio,
antídoto superior,
le das remedio á el rigor
que hace mi pena insufrible;
porque solo á tí es posible
Hacer remedio el dolor.

Depongan la seriedad
mis sentidos en tal caso,
llorando en fúnebre ocaso
de mi esposa la beldad.
No use de la majestad
mi pecho en pena tan dura;
todo se haga á la ternura
que fué mi esposa querida,
y es prenda para sentida
La mas hidalga hermosura.

Se halla en un códice de la Biblioteca Provincial de Cádiz, y hasta ahora ha estado inédita.

Por ella se comprenderá el ingenio de aquel monarca que empeñó á España en guerras temerarias contra Europa, y de las cuales ningún fruto provechoso sacó nuestra patria.

Todos contra nos y nos contra todos era el proverbio que usaba Felipe IV. No hay duda en que su talento político corría parejas con su talento literario, y que España no puede gloriarse del uno ni del otro.

ADOLFO DE CASTRO.



D. Antonio de Solís.

D. Antonio de Solís y Ribadeneyra, hijo de D. Gerónimo de Solís y de Doña Mariana de Ribadeneyra, ambos de familias ilustres, nació en Alcalá de Henares á 18 de julio del año de 1610. Sus padres por la prontitud con que aprendió á leer y escribir, y por la agudeza de sus chistes, le dedicaron á la carrera de las letras. Desde su patria, en donde estudió las humanidades y la dialéctica, pasó á Salamanca, en cuya universidad cursó no sin aplauso la jurisprudencia. Pero como naturaleza le habia criado para poeta, esta prenda, llamando ya su cuidado desde la mas temprana edad, le movió en la de diez y siete años á componer la comedia de *Amor y obligacion*, que fué del público muy bien recibida; y amenizaba con esta recreacion la austeridad de los estudios mayores; como conociere luego que solos ellos, segun de ordinario se toman, no bastan para sacar ciudadanos capaces de servir con utilidad y lustre á su patria, á los veinte y seis años se dió á la ética y política con el aprovechamiento que todos sus escritos testifican. No le faltaba mas para comparecer en el mundo político, que el apoyo de algun Mecenas de los que todavia en España hacian gala de apreciar las letras, y luego le halló en D. Duarte de Toledo y Portugal, conde de Oropesa, virey que fué de Navarra y Valencia, y presidente de Castilla. Este ilustre caballero, cuyo nombre será inmortal por D. Antonio de Solís, le hizo su secretario, y debió de proporcionarle la honra de serlo del señor Felipe IV, que le añadió la gracia de oficial de su

primera secretaria de Estado; y aunque por hacer favor á un deudo suyo le cedió esta plaza, generosidad que tendrá pocos ejemplares, la reina madre volvió á nombrarle en el año de 1661 oficial de la misma secretaria, y le hizo además cronista mayor de Indias por muerte del erudito Antonio de Leon Pinelo. Sin duda fué hasta aquella época cuando escribió las comedias y demás poesías publicadas con su nombre, que siempre serán apreciadas por la agudeza de pensamientos y cultura del estilo. Y por lo que hace á las comedias, fuera de que la del *Amor al uso* guarda admirablemente el carácter de este drama, y se ajusta mucho á las reglas prescritas por la naturaleza y el arte, y de que la *Gitanilla de Madrid* siempre será escuchada con placer; todas manifiestan el elevado y culto ingenio de su autor, que de los hombres mas doctos fué tenido justamente por el mejor poeta de su tiempo, sin que se le conozca igual en el feliz uso de los chistes y los equívocos. En medio de estos aplausos renunció de todo punto á los ocios poéticos, tanto que no fué posible obligarle á concluir una excelente comedia que dejó empezada, porque ya su piedad le hacia aspirar á otra vida mas perfecta. Así á los cincuenta y siete años se ordenó de sacerdote, y tuvo despues en toda una conducta muy conforme á esta vocacion, y al esmero con que se propuso servir su empleo de cronista. Verificando, pues, las grandes esperanzas que el público habia concebido, en 1684 sacó á luz su *Historia de la conquista, poblacion y progresos de la América Septentrional*, conocida por el nombre de la Nueva España: elogio elocuente, y digno del esclarecido héroe á quien se dedicaba. Porque como las hazañas de Hernán Cortés no estuviesen escritas segun su merecimiento para durar eternas en la memoria de los hombres, D. Antonio de Solís se propuso revestir su relacion de los adornos y gracias de que revistió Quinto Curcio la de los hechos de Alejandro, para que como ella fuera con gusto leida en todas las edades. Asi que la *Historia de Méjico*, sin carecer de aquella elegancia y agudeza, ni de aquella facundia en las oraciones, que granjeó tanta celebridad al historiador del grande Alejandro, se aventaja en la copia de reflexiones políticas y morales, profundas y oportunas. Propúsose escribir segunda parte, y aun el título mismo lo exigia; pero la muerte atajó sus intentos en 19 de abril de 1686, á los setenta y cinco años y nueve meses de su edad. Fué de buena presencia, alto, y bastante grueso. En su trato fué afable y modesto, y aunque amante del retiro, no por eso de humor adusto, sino alegre y esparcido; y sobre todo fué muy tierno y buen amigo, como lo testifican sus cartas. Yace en la iglesia del monasterio de San Bernardo de la corte de Madrid, en la capilla de Nuestra Señora del Destierro.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

D. Ramon, que hablaba á Rafael de que no necesitaba mandar hacer la ropa á su sastre, siguió diciendo así:

—Afortunadamente tengo yo un amigo, á quien nunca hubiera conocido acaso si mi desgracia no me hubiera traído á vivir á este zaguaní, y este justamente es el que nos ha de servir mas que todos los amigos que hemos V. y yo tenido en nuestros buenos tiempos. En el piso principal de esta casa vive un buen viejo, con quien yo he contraído casi intimidad de resultas de ser vecinos. Es un buen hombre, que ha sido sastre, y que cuando se ha hecho rico ha dejado el taller á un hijo suyo, y él se ha retirado á vivir independiente con su buena muger á esta casa, que es suya, donde estan los dos tan á sus anchas y tan contentos como nosotros en un palacio. Yo con mis tres galones y todo, les he hecho algunas noches la tertulia, y me he sentado á su brasero, que por mas señas es mejor que el nuestro. Son unos buenos viejos, muy honrados, muy temerosos de Dios, y yo le aseguro á V. que he pasado muy buenos ratos en su salita abrigada y adornada con sus escaparates del Niño Jesus y de la Divina Pastora en los rincones, con su mesita de nogal con embutidos en medio, con su reloj de pared sin caja, y con su sofá y sus sillas antiguas de damasco encarnado. Algunas veces les he envidiado en medio de la paz que allí reinaba, y solo me he consolado con el pensamiento de que los tres éramos tres pobres viejos. Pues, señor, con estos viejos, por la parte que tengo de viejo, he hecho tan buenas migas, que todos tres nos queremos como buenos amigos. El señor Lucas y la señora Josefa, tienen casi su vanidad en ser amigos del señor coronel D. Ramon, que es para ellos un hombre muy llano; y el señor coronel D. Ramon los quiere tambien mucho, y habla pacíficamente con ellos del bueno y mal tiempo, de las cosechas y de otras cosas así. Los niños y los viejos se hacen muy pronto amigos: los unos empiezan la vida y buscan con quien pasarla, los otros la acaban y se reunen facilmente como buenos compañeros de viaje. A mi buen amigo el señor Lucas pienso recurrir ahora, y estoy

seguro de que me servirá. Haré que hable á su hijo, que es uno de los mejores sastres de Madrid, y se hará V. toda la ropa que necesite, al fiado. Como tengo tanta confianza en que esto ha de producir buenos resultados, yo salgo por fiador con el señor Lucas de que V. pagará á su hijo fiel y religiosamente, cuando tenga dinero. Yo inventaré cualquiera historia, y se la contaré para que V. no haga aquí el papel del pobre. Me parece, amigo mío, que no puede V. desear mas. Entre todos los viejos de este mundo puede que no haya tres, que despues de saber lo que V. ha hecho, comprendan tan bien como yo su carácter y su posición. Gran fortuna ha sido la de V. en dar conmigo, que puedo con todos mis años ponerme al nivel de V., y prestarle al mismo tiempo toda la experiencia y conocimiento del mundo que á V. le faltan. Si V. despues de esto quiere seguir mi consejo, yo le ofrezco á V. mi ayuda para guiarle en el asunto del matrimonio, en el caso de que haya obstáculos que vencer. En los matrimonios, despues del amor intervienen padres, parientes, tutores, escribanos, curas, sacristanes y monacillos. V. solo tiene que entenderse con el amor, que es de lo que puede saber algo; de la otra parte positiva sé yo mas, y si fuere necesario le ayudaré á V. á burlarse de ella, con mis buenos consejos de viejo corrido.

Con atención habia escuchado Rafael lo que el buen coronel le habia dicho, y hallando en todo ello un fondo de verdad y un cariño grandísimo de parte de quien tanto habia pensado en su provecho, por convicción y por agradecimiento adoptó el plan de D. Ramon, y se propuso salir con sus esperanzas cuerdas, del estado á que le trajeron sus esperanzas locas.

Llamólos á esta sazón para comer, Luisa, que tenia la pobre los ojos hinchados de trabajar.

¡Desgraciados cuanto hermosos ojos negros! vosotros habiais nacido para ser agitados tan solo por el placer ó por el dolor!

VIII.

No habia pasado mucho tiempo, aunque sí con el irritante paso de la tortuga para Rafael, desde que le dejamos, cuando un día, á eso de la una de la mañana, estaba muy afanado al espejo, viendo el modo mas elegante de juntar en un lazo las dos puntas de su corbata. Pudo lograrlo al fin, y despues de puesto un delicadísimo chaleco y un amable frac, quedó con su rica camisa de batista, porque lo que es de ropa blanca no habia vendido ni un hilo, quedó nuestro Rafael que no habia mas que pedir, ni de nobleza, ni de elegancia, ni de nada. Apenas se hubo vestido, cuando salió de casa, y dejó á su hermana leyendo, no trabajando, porque desde que habian empezado todas estas cosas, ni Rafael habia vuelto á su fastidiosa traducción, ni habia permitido que Luisa se echara á perder, atareada en sus labores, á las que se dedicaba la pobre sin melindres, con cierta paciencia y resignación de buen tono, pero que indudablemente la eran odiosísimas y la secaban el alma.

No dejó Rafael de notar, suspirando, el ridiculo que habia en salir tan elegante de una casa como aquella, siendo la tal casa la vivienda del elegante; pero bien pronto su disgusto se trocó en una risita jocosa y amarga, con la cual aceptaba este y otros muchos ridiculos. Tomó con esta risita el camino... ¿qué camino habia de tomar, sino el de la casa de Inés?

No fué poca la inesperada alegría que esta tuvo al verle, comparable solo con el profundo gozo que él experimentó.

Las mugeres no suelen tener gozos profundos; todas sus sensaciones de placer son pura alegría. Esto es lo que á mí me parece, porque lo que es de positivo, ni yo ni ningún hombre sabemos nada acerca de su parte moral. Quiero tanto á las mugeres, que no está en mis manos el no tratar de analizarlas y pensar sobre ellas, siempre que se me presenta ocasión.

Alegróse pues nuestra niña, y mientras ella en su alegría no pensaba en otra cosa sino en mirar la bonita figura de Rafael, su tia le preguntaba la causa de su tan pronta vuelta, cómo estaba su hermana, á quien ella no conocia, y otra porción de cosas que en resumidas cuentas nada la importaban. Rafael, que ya habia pensado en todas estas preguntas, fué colocando las respuestas que habia imaginado en su lugar correspondiente, ensartando una tras otra una porción de mentiras que era un cargo de conciencia, y entre ellas la de que habia venido solo, y que su hermana no vendria hasta despues de uno ó dos meses. Nada mas hubo de particular en esta visita, si no se quiere que deje de ser general el que Rafael é Inés, aprovechando un momento en que la tia buscaba yo no sé qué cosa por la sala, se dieron un beso suavísimo y mudo.

Si algo de malo hay en esto, que yo creo que sí, preciso es decir que Rafael tuvo toda la culpa, porque la pobre Inés, cuando quiso recordar, ya tenia los labios del atrevido muchacho sobre los suyos, y habia soltado el beso.

Salió de allí Rafael lleno de esperanzas y completamente feliz de

presente. Al volver á su casa encontró á algunos amigos por las calles. Fué repitiendo á todos sus mentiras, y en cuanto al fatal secreto de su casa, solo dijo que vivia en la de un compañero de viaje que tenia casa de huéspedes; pero que era muy mala y que se iba á mudar de un día á otro.

Mucho habia aprendido Rafael en poco tiempo de desgracia. Yo tengo para mí que si algo de cierto tiene eso que suele decirse, de que los hombres de talento son pobres, consiste en que todos los pobres son hombres de talento, como quien tan en juego tiene siempre su imaginación para hallar recursos y expedientes de vida. Lo cierto es que Rafael, que no habia sido nunca tonto, era ahora discretísimo, y que durante una buena temporada, en que se vió precisado á desenvolver cierto carácter embrollon para salir de una porción de apuros en que le ponía su situación, se portó como si toda su vida se hubiera visto en ello.

Cuando entró en su casa, le esperaba con impaciencia D. Ramon para preguntarle lo que habia sucedido. Le llamó Rafael á su cuarto, porque desde un principio, con la delicadeza de su carácter, no habia querido que Luisa supiera ni una palabra de esta traposonda, y allí le dijo todo lo que habia pasado, incluso el beso, que tantas esperanzas le daba.

Es verdad que esto se lo dijo muy de paso, así como escapado en medio de su entusiasmo amoroso; pero con todo fué muy mal hecho, y harto será que no fuera malo, como amante, el carácter de Rafael.

Fuéron despues á comer, y en la mesa, para enganar á Luisa, habló tambien Rafael de mil mentiras, que ella acaso no creía, pero que la ocultaban la verdad. En esto daba Rafael una prueba de respeto á su hermana, que le hace mucho favor, pues conocia que hay negocios que aunque nada de particular tienen para los hombres, no pueden llegar á las mugeres sin vulgarizarlas. Su hermana era una señora, y no queria él que ni aun la desgracia la rebajara de aquel rango.

Aquella misma noche vió otra vez á Inés en una sociedad, donde Rafael se divirtió todo lo que podia divertirse, porque á pesar de que él se habia decidido á cambiar de carácter en una porción de cosas, todavia sin embargo sentia de cuando en cuando sus punzadas, de lo que Don Ramon hubiera llamado tontería. Pero en fin se divirtió, habló mucho, se vió hasta obsequiado por sus antiguas amigas, y no contribuyó esto poco á que Inés se manifestara mas amorosa, y á que, á pesar de todos los inconvenientes, que no son pocos para los pobres amantes, delante de gente, tuvieran una conversacion que habia sido acaso la mas positiva que hasta allí habian tenido. Toda la felicidad del amor le estaba entrando á cántaros á Rafael, por los oídos, por los ojos y por el olfato, y no por los otros sentidos, porque el gusto y el tacto son mas exigentes, y no se contentan, ni con palabras, ni con reflejos, ni con aromas.

Mientras de tanta felicidad gozaba Rafael, es de suponer que el buen sastre que indudablemente se la habia dado, estuviera, *trín trín, trín trín*, con sus tijeras, sin conciencia de lo que hacia, ni de lo que podia hacer.

A todos los genios les sucede lo mismo.

Se acabó la fiesta, y volvió nuestro elegante y obsequiado Rafael á su pobre casa, costándole no poco trabajo escaparse á su rincon, contestando á algunos de los que con él salian, que le preguntaban:—¿Adónde está su casa de V.? ¿vamos por el mismo camino?—No, decia Rafael, no voy ahora á casa, voy...

—Pues... le interrumpian, va V. por ahí: amigo, feliz V., quién fuera como V. ¿Y quién es ella, porque Inés no será? no, pues yo le voy á seguir á V. los pasos.

Y por este orden oia Rafael otra porción de tontísimas bromas, insidias y sin gracia, que tanto abundan entre la gente que se llama de buena sociedad, en la cual hay cada tonto y cada impertinente y cada hombre sin educación de caballero, que yo no sé cómo puede ser buena. Al fin lo mismo esta noche que todas las demás, logró Rafael safarse haciéndose el indiferente y huyendo como del fuego de las amistades íntimas.

Siguió haciendo esta vida una porción de dias, siempre muy elegante, y casi casi con lujo, porque nuestra sociedad es mas pobre que la de otras partes, y con seis ó siete mil reales que importaria la cuenta del sastre, estaba al nivel del mas pintado, pues afortunadamente no se acostumbra á llevar puesto mas que un traje, y no se ha dado en la moda de llevar los elegantes dos ó tres mulos cargados detrás de sí, con el resto de su numeroso equipaje. No llevaba diamantes, ni cadenas, ni sortijas; pero ya tenia el buen cuidado de hablar, siempre que se ofrecia ocasión, muy mal de todos estos enredos, como indignos de la sencillez con que debe vestirse un hombre de buen tono.

No creo yo que los diamantes y otras cosas así, colocadas con buen gusto, estén reñidas con el buen tono; pero todo el que no las tenga debe ser de la opinion de Rafael, porque menos le cuesta esto, que comprarlas.

Poco á poco, ó por mejor decir, mucho á mucho, fué menudeando nuestro jóven las visitas á casa de Inés, y ya lo llevaba todo muy

adelantado con ella, y á decir verdad sin haberse acordado mas que de su amor, cuando un día, su tia, que era una de estas tias vulgares, aunque con sus pretensiones de aristocracia, le llamó aparte y le preguntó,—pregunta formulada para tales casos lo menos hace ya treinta siglos, entre la gente honrada,—le preguntó, con cierto aire de reprension, que con qué intenciones iba á su casa.

Amante ha habido que estando un poco fastidiado de la niña y de su familia, y no pensando en el matrimonio, por no mentir ha respondido la verdad, y ha dejado helado con su pecadora franqueza al virtuoso preguntante. Pregunta es esta que ha venido á importunar á mil amantes menos decididos y que no sabian cuáles eran sus intenciones.

Afortunadamente Rafael tenia sus intenciones correspondientes, y por la santidad de su fin podia confesarlas sin ruborizarse. Así es que respondió con sencillez:

—Nuestras intenciones, señora Doña Isabel, son las de casarnos.

—¿Con que ella tambien?... ¡Oh tonta de mí, que por mi indiferencia tengo la culpa de todo! Pues no! no será, no! no será! V. es un seductor!... exclamó la buena de Doña Isabel con una rabia que daba risa. A Rafael, que estaba muy sereno, gracias á las instrucciones que D. Ramon le habia dado para esta esperada escena, le hizo mucha gracia aquello de llamarle seductor.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



Regadores de la India.

No existiría la agricultura en la India sin riegos abundantes y bien ordenados, de modo que el establecimiento de acequias y canales parece haber sido contemporáneo del primer cultivo en aquellas regiones. Esos auxiliares son los que hacen producir á su suelo árboles frutales, arroz, que es el alimento principal de sus poblaciones, cañas de azúcar, etc., etc.

M. Jaubert de Passa, sabio tan laborioso como agrónomo distinguido, ha reunido en sus *Observaciones sobre el riego en los pueblos antiguos*, una serie de hechos que prueban su antigüedad en la India. La ley de Manon, las epopeyas tradicionales y todos los trabajos hidráulicos sobre el continente indiano, lo patentizan igualmente, y los escritores griegos tampoco ignoraban este hecho. Diodoro de Sicilia habla de los riegos y de los canales derivados de los rios; Estrabon asegura que el cultivo del arroz exigia continuos riegos en la Bactriana, en Babilonia y en otras regiones de Oriente, y hablando de la India añade: «Los magistrados inspeccionan los rios, miden las tierras, y tambien cuidan de los canales cerrados con compuertas, á fin de conservar el agua necesaria para los riegos y distribuirla equitativamente entre los cultivadores, como se practica en Egipto.»

En la ley de Manon se halla en efecto, entre los funcionarios notables, el distribuidor de agua para el riego. Tal es la estabilidad de las instituciones indianas, sobre todo respecto á la agricultura, que el distribuidor percibe un honorario en granos ó en tierras laboreadas.

Una inscripcion que se conserva en Bengala enumera treinta em-

pleos superiores, entre los cuales está el superintendente de agricultura, esto es, el encargado de los canales de riego. Existia pues hace muchos siglos una organizacion regular, una jerarquía que no pertenecia exclusivamente á la India. El profeta Daniel figuró en la corte del rey de Persia como intendente de las aguas, y hoy se conservan todavía sus funciones con el título de *myr-ab*, ó principe de las aguas, desempeñándolas el sétimo ministro de la monarquía.

M. Jaubert de Passa refiere acerca de los cargos el hecho siguiente, que caracteriza la administracion civil de los indios:

«Después de la guerra de los Pindarrios terminada en 1817, los paisanos se pusieron en marcha para volver á sus pueblos destruidos, llevando en triunfo á los hijos ó descendientes de sus jefes agricolas. Llegados á su destino, cada uno de ellos, acompañado por el medidor, tomó para sí la porcion de terreno que habia pertenecido á sus antepasados, y todo se hizo sin ruido, sin contestaciones, sin la intervencion del gobierno, y en el espacio de pocos dias. Aquellos desterrados volvian de lejos, de puntos diversos, despues de una ausencia de treinta años, pero ni uno solo alegó pretensiones contrarias á los intereses comunes. El medidor encontró lotes vacantes, porque la guerra habia destruido ó dispersado muchas familias, y los jefes no quisieron venderlos, á fin de que si volvian algun dia los herederos de los antiguos colonos, pudiesen reclamarlos.»

El riego no siempre se hacia por medio de canales que conducian las aguas de los rios inmediatos. Cada pagoda tenia su recipiente para las purificaciones, pero el exceso de las aguas se aplicaba á la agricultura. Los brahmanes sacarian sin duda buen partido de estas concesiones; pero lo cierto es que la existencia de dichos recipientes artificiales era inseparable de un cultivo extenso y productivo. Los mas grandes que se conocen son hoy un don ó una especulacion del principe reinante: entre los demás, los hay y abiertos á espensas de asociaciones, de municipalidades, de ciudades ó de provincias, y el mayor número se atribuye á fundaciones piadosas.

Manon recomienda que se abran estanques, y prohibe al rey la destruccion de los recipientes de sus enemigos; castiga con multas á los que tuercen el agua de un estanque, y manda que se ahogue al que rompa un dique. Los monumentos de Salseta tenian en sus dependencias muchos recipientes ó estanques sagrados.

Sin duda se habrá derivado de alguno de ellos, por conductos subterráneos, el hilo de agua que alimenta la balsa ó charca poco profunda representada por nuestro grabado. Provistos de un canasto que acaban de zambullir en el agua, y que sacan con una cuerda doble que forma asas flexibles, dos cultivadores se preparan á esparcir en su campo el precioso líquido. El aparato que emplean es, á la verdad, muy imperfecto, y preferirian que el riego se verificase directamente por medio de canales: tambien podrian valerse de otros utensilios. Un achicador holandés, por ejemplo, les ahorraria tiempo y les proporcionaria mayores ventajas. Pero no exijamos tanto á aquellos cuyo traje revela una simplicidad candorosa: pensemos mas bien en lo que nos falta á nosotros mismos, y en los esfuerzos que tenemos que hacer para apropiarnos sistemas de riego, que há mucho tiempo se usan en otros países, y que serian utilísimos para nuestra agricultura.

LA BALTASARA.

APUNTES HISTORICOS.

«Todo lo tiene bueno
la Baltasara;
todo lo tiene bueno,
tambien la cara.»

Así cantaba el pueblo la belleza y habilidades de la célebre actriz que figura como protagonista en el drama de los señores Principe, Gil y Zárate y García Gutierrez, que se ha estrenado por estos dias en el teatro de la calle de Valverde. Con motivo de ser esta obra vista de todos y de que naturalmente debe engendrar algun interés por la que le da título y asunto, nos parece no estarán fuera de propósito los siguientes apuntes, únicas noticias que nos quedan de la que fué por tanto tiempo delicias de los teatros de España, y rivalizó con la incomparable Amarilis y la gallarda Josefa Vaca, como la llama Lope en *Las almenas de Toro*.

A mediados del reinado de Felipe IV, reinado tan feliz para las letras españolas como desgraciado para la política y las armas, se agrupaba una tarde la muchedumbre delante de uno de los corrales de la villa, haciendo esfuerzos cada cual por traspasar las puertas, que acababan de abrirse. Cualquiera que sin conocer las costumbres de nuestro pueblo hubiese visto de lejos aquel grupo compacto de que partian tantos ayes mezclados con votos y juramentos, y en que todos se estrujaban y codeaban sin compasion por adelantar un paso, cre-

vera que allí tenía principio algún motin en que cuando menos iba á pedirse la cabeza del favorito, á quien la nacion en masa profesaba un odio tan profundo, que sin que el trascurso del tiempo haya sido parte á borrarlo, su nombre se pronuncia todavía con execración en nuestros tiempos. Sin embargo, no era una asonada lo que atraía á la multitud: tratábase solo de oír una comedia nueva de tres célebres ingenios, cuyo solo anuncio había puesto en conmoción al pueblo y á la corte, retirados mucho tiempo hacia de los teatros.

Dejemos á corchetes y alguaciles que se las avengan en la puerta con la muchedumbre, y entremos en el interior del corral. Lo mas escogido de la brillante corte del rey poeta llenaba las ventanas y aposentos, y henchidos de gente como ellos, aunque de menos elevada clase, gemian bajo el peso de los espectadores bancos, gradas, desvanes y barandillas, mientras que en el patio comenzaban á rugir sordamente los mosqueteros. Los vendedores de aloja, frutas y dulces, bullían por todas partes ofreciendo sus géneros, que el público compraba para entretener de algun modo su impaciencia, interin no descorrían la cortina, preguntando con curiosidad, entre bocado y bocado ó entre sorbo y sorbo, por la comedia que iban á representarle dentro de breves instantes. ¿Qué obra era esta que de tal manera llamaba la atención de todos? Para que pueda comprenderse su ansiedad, necesitamos referir una historia.

Hacia los últimos años del reinado de Felipe III y primeros del de su hijo, era la reina de la escena española Francisca Baltasara, la esposa del célebre gracioso Miguel Ruiz, cómica de singular talento y belleza, que como la Bárbara Coronel y la Micaela Hernandez, representaba con igual perfeccion los papeles de damas y de galanes. Era de ver la gentileza y sin par donosura con que ora en hábito de hombre guiando por el tablado un brioso caballo echaba retos y blandía la espada, ora con arreos femeniles lloraba las ausencias de algun gallardo mancebo, á quien había hecho dueño de su corazón. Todas las afecciones, todos los instintos, desde el salvaje arranque de cólera del soldado hasta la mas tierna y dulce expresion del amor, encontraban en ella un fiel intérprete. Era siempre el alma de la cuadrilla, y cuando por algun evento tenía que abandonarla, no quedaba quien *desempeñase sus arcos*, segun la expresion de un conocido escritor.

Pocos datos nos quedan de la vida de esta muger singular. Ajustada con su marido en la compañía de Heredia, recorrió con él las principales poblaciones de España, siendo en todas el asombro y embeleso de cuantos tenían la dicha de escucharla. Vino á Madrid, y es fama que jamás la mano de ningún mosquetero llevó á su boca la insolente llave, cuando ella representaba, para lanzar el agudo silbido que tanto pavor ponía en los pechos de ingenios y farsantes (1), con lo que adquirió tan gran reputación, que no había asiento vacío para comedia en que tomase parte. Es innegable que debió estrenar muchas de Lope, aunque no nos quede noticia de ello, sabida la amistad que unia al autor de su cuadrilla con el fénix de los ingenios de que nos habla Micer Rey de Artieda en este terceto, que tras de una invectiva contra las obras dramáticas de su tiempo, escribe:

Como estas cosas representa Heredia
A petición de cierto amigo suyo,
Que en seis horas compone una comedia.

(1) Por este tiempo principiá á generalizarse en España la invencion de los pitos y llaves, para reprobar con silbidos lo que se hallaba de malo en las comedias ó en su representación. Puesto el cetro teatral en manos del patio, que por el mucho ruido que armaba, comenzó á llamarse *mosquetería*, y de aquí el decir mosqueteros á los que le ocupaban, gente ignorante y de clase infima, la escena estuvo á pique de morir. Apenas hay escritor de aquella época que no se queje de esta costumbre, distinguiéndose entre ellos el sublime y desventurado poeta D. Juan Ruiz de Alarcón, cuyas magníficas obras es fama que fueron silbadas todas, á no ser la que compuso con Tirso de Molina. Cuando la plebe llegaba á tomar ojeriza á un ingenio, bien podía este retirarse de las letras. La contrahecha y desgraciada figura del vate de *La verdad sospechosa*, y tal vez otras causas que no nos son conocidas, inspiraban tal antipatía al pueblo, que conociendo los cómicos que esto solo era lo que hacia desagradables sus comedias, las representaban con el nombre de Lope, con lo que eran aplaudidas y apreciadas en su justo valor. De esto se queja amargamente el desgraciado poeta en el prólogo de su coleccion. En la rignisima que de nuestros antiguos dramaticos posee nuestro amigo el jóven escritor D. Diego Loque, hemos visto un ejemplar de *El examen de maridos*, impreso á nombre de Lope, lo que prueba con cuanto motivo se lamentaba Alarcón de que sus obras fuesen *plumaz de otras cornejas*.

El citado autor hace decir á Fabio en su bellísima comedia *Todo es ventura* estos versos, que copiamos porque muestran bien á las claras cual era la situación del teatro, dominado por las llaves de los mosqueteros.

DEQUE.....	Tú, Fabio?	
FABIO.....	Yo en la comedia.	
DEQUE.....	¿Pareció bien?	
FABIO.....	No señor,	
	con ser divino su autor;	
	porque si no se remedia	
	esta nueva introducción	
	de los silbos, es forzoso	
	que pierda el mas ingenioso	
	á los versos la afición.	

A pesar de que Alarcón la llama nueva, ya Rojas en *El viaje entretenido* habla de ella, derivándola de los griegos y romanos, y lamentándose de las decaídas del público.

Por mucho tiempo brilló este astro teatral en la corte, siendo las delicias de todos, la perla de la escena, como hoy seguimos llamando muchos á otra actriz no menos célebre y eminente. Colmada de laureles, adulada de los grandes señores y aplaudida del pueblo, la vida de la Baltasara era una serie no interrumpida de glorias, que podían contarse por las tardes en que trabajaba. Nada de cuanto pudiese halagar su orgullo de muger y artista parecia faltarla, cuando de repente, sin que nadie se explicase el motivo, desapareció de las tablas, dejando libre el campo á las rivales que acababa de vencer.

Pocos dias despues de este acontecimiento, que dejó huérfanos los teatros de la corte, aparecieron en Murcia una dama de singular hermosura, en cuyo rostro se veía pintada la mayor tristeza, y un caballero de no mal parecer que constantemente la acompañaba.

La bella incógnita pasaba los dias enteros en la catedral orando ante la imágen de Nuestra Señora de la Fuen-Santa, aguardándola el desconocido de pié y algo mas retirado, pero siempre solo y silencioso. Así pasó mucho tiempo, hasta que una mañana las campanas de la catedral comenzaron á atronar la población. Nadie se figuraba lo que aquello pudiera ser, y los muchos que curiosos de averiguarlo corrieron á la iglesia, supieron que una célebre cómica que por espacio de algunos años había sido el alma de la escena española, cansada del mundo y sus vanidades, dejaba las coronas y los aplausos para retirarse á una ermita, donde pretendía concluir su vida en la penitencia, cuya santa idea celebraba con una funcion á la patrona de Murcia.

En los archivos de la catedral se conservan aun noticias de esta solemnidad religiosa, y no hace mucho existia aun un magnifico traje de tisú de oro que la dama incógnita cedió para la Virgen. Dícese que este fué el que solía vestir en una de las comedias que mas triunfos la habían conquistado. La dama y el caballero eran Francisca Baltasara y Miguel Ruiz.

A corta distancia de Murcia, pasando el risueño pueblecito de Algezares, se halla asentado sobre una elevada sierra, desde la cual se domina toda la huerta, el poético eremitorio de la Virgen de la Fuen-Santa, al que se llega por una escarpada vereda cubierta de verdes y corpulentos árboles. Nada mas bello que aquella soledad llena de melancólico misterio, donde todo parece estar convidando á la meditacion. Cuando hayais caminado veinte ó treinta pasos por esta vereda, torced á la derecha y seguid esa senda mas escarpada aun que se presenta á vuestra vista; pasad ese puentecillo bajo el cual corre en el invierno un impetuoso torrente, producido por las aguas que se precipitan desde las montañas inmediatas, y penetrad á través de esos chopos y esos álamos blancos, que con tan dulce murmullo se mecen á las ráfagas de la brisa. Allí, tras de los árboles, cerca de esa rústica fuentequilla, se ve una grosera puerta que sin duda cubre la entrada de alguna gruta, que á la naturaleza plugo fabricar en la montaña. Hace algunos años, ningún obstáculo se oponía á la curiosidad del viajero que visitaba aquellos lugares para contemplar las estaláctitas de la cueva, y hacer su provision de melancolia con las bellas memorias que encierra: hoy, una familia de pastores la ha elegido por habitación, lo cual tiene la ventaja de que se puedan oír de boca de esta sencilla gente las tradiciones que atesora aquella concavidad de la sierra.

Nada de notable tiene la gruta, que encierra otras dos en su seno, á no ser un nicho abierto en la roca como para colocar una imágen, y groseramente revocado con el yeso de las estaláctitas que penden de la bóveda, en el que está perfectamente estampada una mano de muger. Esta gruta se llama en el país *La cueva de la cómica*: aquella huella es la que dejó estampada la mano de la Baltasara. Allí os señalarán dónde dormía, dónde se arrodillaba, dónde murió: allí os dirán que era hermosa como un ángel, que pasaba su vida entre los pobres y sus oraciones, y que al cerrar la tarde, cuando el sol se ocultaba en Occidente, salía á la puerta de la gruta, y apoyada contra uno de los álamos que al lado había, contemplaba con los ojos arrasados en lágrimas el hermoso panorama que se desplegaba bajo sus piés, en que el Segura corre por medio de una deliciosa campiña, dividido en mil canales que á la vaga luz del crepúsculo parecen otras tantas serpientes de plata. Su marido permanecía á su lado siempre triste y distraído, siempre sombrío y silencioso. ¿Qué extraño misterio había en la existencia de aquellos dos seres, que así se separaban del mundo? Nunca se ha podido averiguar.

Una mañana la anacoreta no fué á la ermita de la Fuen-Santa como solía, ni á las cabañas inmediatas, adonde siempre llevaba socorros y consuelos. Las gentes de las inmediaciones, que la veneraban como á una santa y la querían como á una madre, volaron á la gruta. En medio de ella se hallaba el cadáver de la Baltasara, cuyo rostro risueño hacia creer á primera vista que estaba dormida, desvaneciéndose toda idea de terror: á su lado Miguel oraba de rodillas, ahogando los sollozos, con los ojos fijos en su muger. La tradicion asegura que las campanas de las ermitas inmediatas doblaron sin que ser humano las tocase, cuya conseja se ve tambien confirmada por el libro del cronista histriónico, que existe manuscrito en la Biblioteca Nacional.

Al día siguiente, Miguel, después de regar con lágrimas la tumba de su esposa, y echar una última mirada á la gruta que por tanto tiempo le habia servido de habitacion, se alejó llorando de aquellos lugares, que tan dolorosos recuerdos despertaban en su alma, para no volver á verlos jamás.

Pellicer en su *Historia del Histrionismo* dice, que la Baltasara murió en una ermita dedicada á San Juan Bautista, distante media legua de Cartagena, fundándose sin duda en lo que en la comedia que de la célebre actriz se compuso, ponen los autores en boca de su marido. Pero el nombre de la gruta y la tradicion murciana nos parece que bastarian á destruir este aserto; si la consideracion de que en el drama se trataba de ocultar el sitio donde reposaban los restos de la que murió en opinion de Santa, no fuese suficiente á destruirlo.

Volvamos á anudar el hilo de nuestra historia. Por mucho tiempo nada se supo de Miguel Ruiz. Pero un día leyeron con sorpresa los vecinos de la coronada villa, el siguiente anuncio teatral que se veia en todas las esquinas:

LA BALTASARA.

Comedia famosa.—La primera jornada de D. Luis Velez de Guevara; la segunda de D. Antonio Coello; la tercera de D. Francisco de Rojas.

Y para mas escitar la curiosidad, corrió la voz de que el viudo de la eminente farsanta, se encargaba de representarse á sí mismo en ella. Esta era la causa que tan numerosa concurrencia habia atraído al corral, el día á que se refieren nuestros primeros renglones.

Estraña coincidencia! Hacia mediados del siglo XVII, los teatros de Madrid arrastraban una existencia miserable por la falta de una actriz y un actor. El que entonces los dirigia, para salvarlos de su inminente ruina, llamó á tres esclarecidos ingenios; y les encargó componer una comedia en que figurase en primera linea la Baltasara. Dos siglos después, el teatro Español moria, tal vez porque el público echaba tambien de menos alguna actriz y algun actor justamente célebres, y su director recurrió al mismo medio de encargar á tres poetas la composicion de un drama. Tambien estos eligieron á la Baltasara para protagonista de su obra, que por circunstancias especiales no se representó cuando debiera, lo que tal vez contribuye á que no agrade tanto como hubiese podido en el tiempo que fué escrita, cuando *Adriana* aun no estaba traducida al castellano. Mas parece que vamos á hacer un juicio critico de esta obra, y eso no cumple á nuestro objeto. Dejemos el drama de los tres poetas, para decir algunas palabras sobre la comedia de los tres ingenios.

Comencemos por la portada, porque la lista de las figuras que *hablan en ella*, basta por sí sola á dar una idea del cúmulo de disparates que debe encerrar. «Personas: D. Rodrigo, D. Alvaro, El Saladino, Jaffer, Un Capitan, Miguel Ruiz, El Demonio, Baltasara, Josepa, Leonor, Un vejete.» La accion pasa en Europa y Asia, y como dice D. Casiano de Pellicer, poco falta para que sea tambien en Africa, aunque donde principalmente se representa es en el corral de la Olivera de Valencia.

Imposible nos parece seguir el desatinado argumento de esta obra, en la que bien se conoce que son tres á disparatar: baste decir, que la Baltasara que hecha una amazona se ha trasladado al Asia con armas y caballo, buscando aventuras á guisa de caballero andante, aparece casada con el Saladino frente á las murallas de Jerusalem, capitaneando un ejército que pretende arrancar la ciudad santa de manos del héroe Godofredo de Bullon. En esto oye, no recordamos que voz misteriosa, que la hace reparar en sus errores, con lo que vuelve al teatro de Valencia olvidando á su marido el sultan; y de allí se retira á una ermita, donde poco después muere, acompañándola en su última hora Miguel, y Josepa, la graciosa de la compañía de Sotomayor.

Los estravagantes episodios de esta obra, que corren parejas con la accion principal en ridiculos anacronismos, entre los cuales merece particular mencion el de hacer vivir al Saladino y Godofredo en el siglo XVII, harian que esta comedia fuese una de las peores de nuestro teatro, y que confundiésemos á sus autores con el buen Luciano, si la consideracion de ser una obra de circunstancias, hecha para atraer gente, en la que era necesario poner escenas de guerra, de esas en que tanto sobresalía la eminente actriz, no viniese á abogar en favor de los tres ingenios, que sin embargo no dejan de ser bastante culpados.

Estraño parece en nuestros tiempos el tránsito de las tablas á la ermita; pero no debería serlo tanto en aquellos, si hemos de creer lo que de casos parecidos nos refiere la historia de nuestro teatro. Catalina Hernandez (conocida por Eufrasia Maria de la Reina), Damiana Lopez, Clara Camacho y otras muchas nos presentan ejemplos semejantes, sin que necesitemos recurrir á la superiora del convento del Valle de Utande, la madre de D. Juan de Austria, la hermosa Maria Calderon, no menos célebre por sus talentos dramáticos, que por sus desdichas y aventuras. ¿Qué estrañaremos que la Baltasara concluyese sus días en el retiro, si casi al mismo tiempo lo hizo la muger de quien el almirante de Castilla, D. Alonso Enriquez de Cabrera escribia:

«Un fraile y una corona,
un duque y un cartelista,

anduvieron en la lista
de la bella Calderona?»

Francisca, como la hermosa Maria Riquelme, fué tenida por santa después de su muerte; y no sin motivo se enorgullecian los actores de que esta estraña muger hubiese seguido una profesion tenida entonces por tan baja y poco digna.

Concluimos estos apuntes con una noticia que, aunque de poco valor, no debe despreciarse donde tan pocas hay. Existen en la Biblioteca Nacional tres sátiras de autor anónimo (aunque se sospecha con motivo que sean de D. Vicente Ponce de Leon), contra las comedias, los autores y las farsantes; que parecen haber sido escritas por el año de 1649, dedicadas á D. Luis de Sarabia, yerno del presidente de Castilla, D. Juan de Chumacero, en la última de las cuales dice una muchacha á quien intentan persuadir á que desista de la idea de dedicarse al teatro, pintándole los muchos males, mala opinion y poca ventura que de esto ha de resultarle:

«Pero, amigas, amemos y vivamos

Mientras la edad por mozas nos declara,

Que después querrá el cielo que seamos

Lo mismo que ayer fué la Baltasara.»

Estas son las noticias que nos restan de esta singular actriz, cuya vida y aventuras han dado ya lugar á dos comedias. Añadiremos que en la huerta de Murcia sigue siendo popular la copla con que encabezamos este artículo, como prueba de que el pueblo es justo, y nunca olvida las celebridades que se le confían.

LUIS DE EGUILAZ.

EN EL ALBUM DE UNA MALAGUEÑA.

Si vas, hermosa, á la ciudad querida

Que en jazmin y azahar labró tu cuna,

Dile que paso en lamentar la vida

Que de ella me separe la fortuna.

Dile que precio en mas la rota piedra

De sus adarves y castillos moros;

Que ostentan por pendon ramos de yedra;

Donde el vulgo falaz sueña tesoros;

Y mas el ola que á robarla llega

De su Guadalmédina la corriente;

Y mas las flores que en su angosta vega

No bien nacen, marchita seco ambiente;

Que el alcázar real, gloria de España,

Y el rumor de la corte esplendorosa,

Y las aguas del gran Tajo que baña

Ricos verjeles y arboleda umbrosa.

Y dile que en mí está la golondrina

Que al sol de estío busca nuestro cielo,

Mas de nuevo á su patria el ala inelina

Cuando Pirene se corona en hielo.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 13.

Las ciencias siempre son atendidas por los reyes.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.